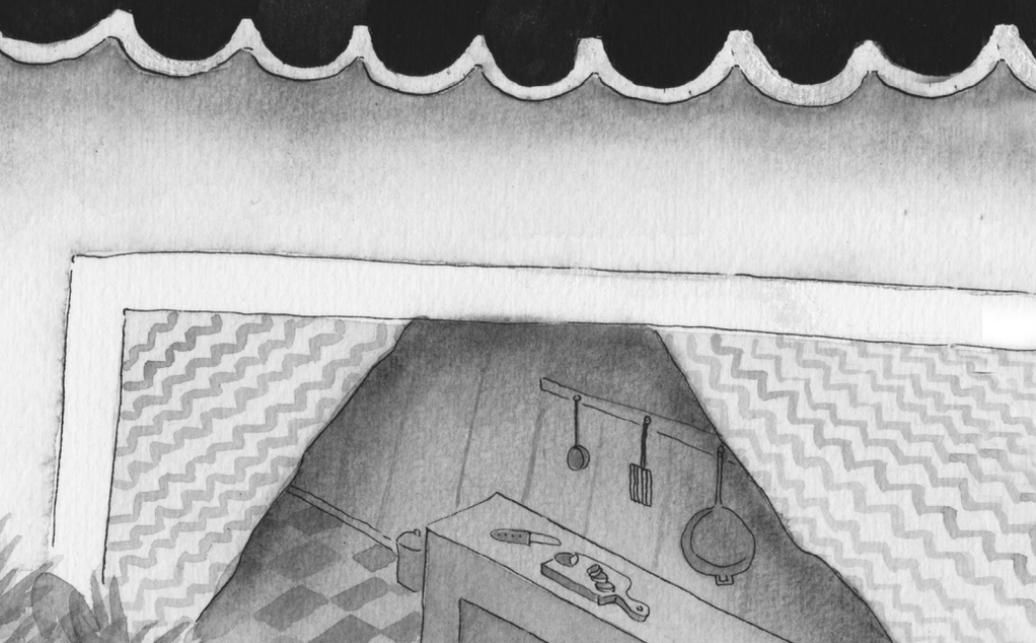


Todo empezó una mañana, cuando Iván vio lo que vio en el muro del fondo y se desató la gran confusión. Por eso pasó lo que pasó.

Hasta ese momento todas las mañanas en la vida de Eulogia y de su hijo Iván habían sido muy iguales. Después de desayunar, ella salía a hacer las compras y lo dejaba en la cocina haciendo la tarea para la escuela.





Él se quedaba sentado frente a la ventana, con los libros amontonados sobre la mesa; pero en vez de estudiar se distraía observando el patio, con la vista clavada en el muro del fondo, donde la enamorada del muro se enredaba hasta perderse entre los muros vecinos. Allí dejaba Iván su mirada por minutos, y a veces hasta por horas.



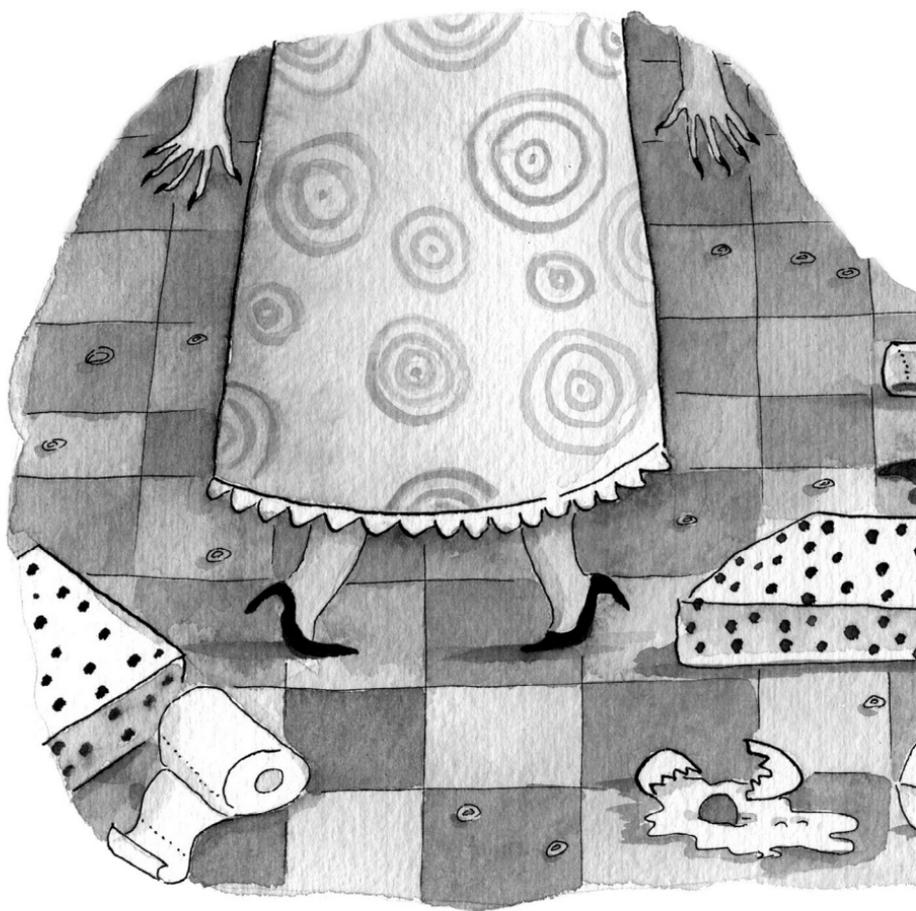
Sólo una cosa lo arrancaba de ese estado, y era el regreso de su madre, cuando ésta abría la puerta y desparramaba todo sobre la mesa de la cocina.

—¿Estabas en la luna, hijo?

—No, mamá, en matemáticas —mentía, para que no lo regañara.

Siempre pasaba lo mismo, hasta el día en que Iván vio lo que vio y pasó lo que pasó.

Esa mañana de abril, justo en el instante en que su madre abría la puerta para entrar, justo antes de que desparramara las bolsas sobre la mesa y le preguntara si estaba en la luna, Iván vio una inmensa rata panzona paseándose por la pared del fondo, sobre la enamorada del muro.



Fue en ese mismo momento cuando las mañanas dejaron de ser iguales. Él sacó un grito de su garganta y lo lanzó en línea recta hacia donde estaba la rata. Su madre, del susto, tiró las bolsas al piso, siguió el grito con su mirada, vio el animal sobre la enamorada del muro y también gritó. Los dos gritos siguieron hacia la pared. Asustado, el roedor perdió el equilibrio y, ¡paff!, cayó.

La enamorada del muro tembló.

Madre e hijo, con la palidez que da el pánico, se empujaron, avanzaron y luego retrocedieron. Finalmente fueron a ver a la rata y les pareció que estaba muerta. Ahora sí

